

## La curiosidad del Rey de Suecia

DOMINGO JIMÉNEZ LACACI

Sentada en la cama veía las gotas deslizarse erráticas por el cristal. Al fondo un mar de árboles lánguidos recibiendo la lluvia fina que pintaba Madrid de gris desde hacía cuatro días.

¡Corre mamá, que ya está ahí el Rey de Suecia!

Escuché a mis hijas llamándome desde el salón, pero me excusé alegando que me estaba acabando de arreglar. Allí sentada, miré mis manos huesudas llenas de manchas añosas apoyadas sobre las rodillas. Miré otra vez la lluvia y su exasperante caer y caer. Como el tiempo. Como los años. Me levanté de la cama y entré en el salón donde mi marido, mis hijas, mis yernos y mis cinco nietos estaban sentados alrededor a la televisión.

¡Alicia, ya era hora! —dijo mi marido— Mira, ahí tienes a tu cuñado Arturo.

Allí estaba Arturo imponente con su frac caminando lento y seguro hacia el Rey de Suecia. Sus ojos vivos, su pelazo indómito ya completamente blanco caía sobre su frente con la más encantadora de las sonrisas. “Mr. Arturo Carpio Lerma. Nobel Prize in Literature”. Detrás se podía ver a un

asistente de la Academia sujetando la silla de ruedas de mi hermana.

¡Qué guapa está Celia! —dijo mi marido—. Es una belleza. Y tú también —dijo apretándome suavemente la mano.

Mi marido era un buen hombre y un buen padre al que ahora ya estaba segura de que jamás había amado. Sonó un himno, y mis pensamientos volaron a una noche de otoño de 1.962 en mi primer año Biológicas en la residencia universitaria.

Golpes en la persiana mientras yo estudiaba bioquímica en mi habitación. Al mirar, encontré un chico delgado y larguirucho, con un flequillo moreno sobre la frente, acurrucado en el alfeizar. Sonreía y levantaba las manos tranquilizadoras. No chilles, susurraba una y otra vez. No chilles. Se puso el índice en la boca rogándome silencio. Algo me tranquilizó que se estuviera riendo. De pronto, escuché otro susurro femenino. Era la voz de Celia, mi hermana mayor, desde su habitación en la ventana de al lado.

Alicia, déjale entrar! ¡Y por el amor de Dios, no hagas ruido! ¡Luego te explico!

Otro embrollo de Celia, y éste parecía de los buenos. Pensé inmediatamente en nuestro padre durmiendo plácidamente en Córdoba. ¡Qué feliz Don Leopoldo en su ignorancia...!

Hola, Alicia. Me llamo Arturo y soy amigo de Celia —dijo y ya dentro bajó la persiana con mucha lentitud para que no hiciera ruido.

Ya veo, ya.

Perdona que entre así, pero estaban llamando a la puerta y a tu hermana solo se le ha ocurrido esto para que no me vean. Shhhh —dijo quedándose quieto como una estatua en el centro de mi habitación.

Allí en silencio pudimos oír a través de las paredes de papel a mi hermana abrir su puerta y hablar con la monja que buscaba una sombra que quizás alguien había visto por el jardín. Escuchamos que también iba a entrar en mi habitación, la última del pasillo en la primera planta. Sin hablar ambos comprendimos, apagamos la luz y nos metimos en la cama de un salto. Él vestido y yo en bata. Al instante la puerta se abrió y la luz rasgó la oscuridad. Miró, vio el esperado bulto oscuro, se aseguró de que todo estaba en orden y cerró. Pero Arturo no hizo ademán de encender la luz. Ni yo tampoco. No sé si él permanecía inmóvil en la oscuridad por precaución, pero yo, Alicia Medina Luque, estaba embriagándome con aquel olor a vida pura y concentrada que me estaba entrando a bocajarro hasta el centro del pecho. Olía a calle y a otoño, a frío y a lluvia. En la oscuridad total me acerqué un milímetro. Y luego otro. Su pelo hirsuto me rozó la nariz. Y allí me quedé con la carne de gallina y la respiración contenida. Al poco se hizo el silencio en el pasillo, y Arturo se fue incorporando muy lentamente. Dio la luz y me miró con aquella sonrisa con la que lo quebraba todo.

Muchas gracias, Alicia. Eres un sol —dijo suavemente y me dio un beso en la nariz.

Se levantó en silencio y abrió la ventana otra vez con mucho cuidado. Se volvió, me disparó otra sonrisa letal desde el alfeizar de la ventana, y guiñándome un ojo desapareció. Salí a mirar, y allí ya solo había frío, oscuridad y jardín. Cerré el libro y me metí en la cama. Ya no estaba para más bioquímica. En aquel silencio, una hora más tarde, sin poder dormir aún alterada por todo lo ocurrido, empecé a escuchar por la pared de papel, los suavísimos suspiros jadeantes de Celia. El sonido del amor que

traspasaba sutilmente el ladrillo, se aterciopelaba en el yeso y me llegaba como una delicatessen dulce y cruel. Algunas veces había odiado a Celia por discusiones domésticas y tonterías, pero esta vez la envidia caló tanto en mi corazón de niña grande, que recuerdo sentir aquella noche el primer odio adulto hacia alguien.

Suspendí esa bioquímica y alguna otra cosa más. Celia me empezó entonces a llevar a veces con su pandilla. Ellos estaban todos en tercero de Derecho, y yo no sé cómo lo hacían, pero siempre encontraban tiempo para tomar un vino. Yo era allí algo parecido a la mascota, pero todos me trataban con mucho cariño, sobre todo Arturo. Y cada vez que se dirigía a mí, notaba los golpazos del corazón dentro del pecho. ¡Cómo me gustaba aquel chico! Tanto que en mi mente juvenil, el que estuviera ennoviado con mi hermana mayor, no representaba ningún problema. Las fiestas, los bailes, las excursiones, los paseos por el parque del Oeste. Era un ambiente excitante que me apartaba de mi grupo natural por carrera y por edad. Pero yo me dejaba llevar, y así siempre lograba estar cerca de él cuando nos leía un relato corto que le habían publicado en la revista universitaria, un poema que nos traía recién escrito la noche anterior o unas rimas en las que se reía hasta de su sombra. Y lo recitaba con tanta gracia, haciendo varias voces; o un sainete haciendo tres, cuatro personajes al mismo tiempo. Nunca lo confesé a nadie, pero aquel hombre se estaba convirtiendo en el norte de mi brújula, en una obsesión. Una noche en una multitudinaria merienda con un tocadiscos pick up en la Casa de Campo me escribió del tirón un soneto maravilloso, sin esfuerzo ninguno, sin un solo tachón, que aún permanece escrito en esa misma servilleta de papel dentro de un ejem-

plar de Guerra y Paz que guardo amarillento en la balda más alta de la librería.

Pasaron primero, segundo y tercero de carrera, y la vida siguió; Celia con Arturo, yo suspirando en silencio, y todos ellos acabando Derecho ese verano. Tras uno de sus últimos exámenes, alguien propuso una cena en la bolera. Celia se trastabilló al salir y se hizo un esguince feo. Con el tobillo bastante maltrecho, una amiga se la llevó a dormir a su casa a dos manzanas de allí, y Arturo, tras acompañarlas me llevó a la residencia en su Vespa. Estaba ansioso por saber de una novelita corta que había mandado a una editorial. Por desearle suerte, le regalé una insignia lacada que solía llevar en las camisas, un trébol de cuatro hojas regalo de mi madre. Con el trébol en la mano, tras un largo silencio, sin más, me besó en los labios. Solo una vez. Muy suave. Muy lento. Sacudió la cabeza como arrepentido, y sin decir más se fue en su moto. Subí a mi habitación completamente aturdida, con las sienes estallándome. Me metí en la cama rápidamente. No era capaz de pensar. La cabeza me daba vueltas. Por todo, por mí, por él, por Celia. Y al rato unos golpes en la ventana y un susurro en la noche cálida. ¿Alicia, soy yo, me dejas entrar? No quería decirle que sí. No supe decirle que no.

Acabaron la carrera, y al año siguiente, su relación oficial con Celia se fue agrietando mientras la secreta que mantenía conmigo fue enraizándose. No éramos capaces de abordarlo. Ni Arturo con Celia ni yo conmigo misma. Ese verano, una noche Arturo me dijo que iba a hablar con Celia. Yo tampoco podía más, pero temblaba ante ese momento. Nunca llegó a hacerlo porque a la mañana siguiente una furgoneta se los llevó por delante cuando iban en la Vespa a hablar a una terraza de Rosales. Arturo

un año de hospital. Celia en la casa de Córdoba con la columna partida en dos. Él lo aprovechó para escribir su primera novela. Ella para digerir la idea de que nunca más volvería a caminar. Al siguiente invierno, en la presentación de su libro en Barcelona, Arturo sosteniéndose en sus muletas me dijo en un aparte que no había olvidado lo que iba a hablar con Celia. Yo le contesté que de qué me estaba hablando y me apreté tanto las manos que las uñas me hicieron sangrar. Me excusé y pedí un taxi a mi hotel. Allí, en el bar, bebí tres ginebras seguidas y me acosté con un pianista húngaro al que después eché de mi habitación a patadas. Vomité y lloré hasta quedarme dormida viendo amanecer. Tres meses más tarde, Celia me pidió que fuera sus piernas para preparar la boda.

¿Ese collar no es el tuyo? Le hace juego con los ojos verdes. —dijo mi marido acercando la cabeza a la televisión.

Sí, me lo pidió la semana pasada.

¡Don Leopoldo, muchas gracias por fabricar estas dos bellezas! —dijo mirando al techo con las manos abiertas y me besó en la mejilla. Yo le sonreí y le devolví el beso.

La realización enfocó a Arturo de pie, solemne en el centro del salón, esperando al Rey de Suecia que se acercaba y le daba una caja y una carpeta, ambas de piel roja. Se dieron la mano cálidamente. El Rey, curioso, sonriendo le señaló el trébol de cuatro hojas, verde y magnífico reluciendo en su solapa en la Sala de Conciertos de Estocolmo. Arturo, abriendo las palmas de las manos hacia arriba y encogiendo los hombros sonrió a su vez, saludó al resto de público y acarició el trébol con el índice. Y yo besé a mi nieto que dormitaba entre mis brazos.